

Pero ¿qué le pasa a Felipe González?

Santos Juliá, El País, 18/05/1997

Aunque recibido entre el desdén de sus mayores y la condescendencia de sus más cercanos competidores, Felipe González se reveló en sólo unos años como un temible adversario político. Líderes históricos tan experimentados como Rodolfo Llopis y Santiago Carrillo sintieron muy pronto cómo aquel "joven sevillano", saludado con displicencia o con sonrisas, les pasaba por delante sin pedir permiso. Luego, los que pretendieron mantener abiertas sus tiendas de socialismo popular o convergente no tuvieron más remedio que ir cerrando, o adosándolas a la pujante mansión del PSOE construida por aquel advenedizo.

La energía centripetadora del espacio político desplegada por Felipe González no habría de agotarse en esa empresa. Sin necesidad de ociosas comparaciones sobre qué político ha sido más genial en la historia de España, corresponde a González la marca de haber ganado más elecciones consecutivas que ninguno de sus predecesores. La clave del éxito radica quizá en ese don que caracteriza, según Isaiah Berlin, al tipo de político capaz de captar la combinación única de hechos dispersos y contradictorios que constituyen una situación particular y percibir rápidamente lo que, enfrentado a esos hechos, va o no a funcionar. No consiste en un conocimiento exhaustivo de ciencia o filosofía política, tampoco en una especial capacidad para la abstracción y el análisis o en una depurada sensibilidad para el arte y la literatura. Berlín lo define como "practical wisdom, practical reason", una sabiduría y una razón práctica, casi sensual, que no somete los hechos a leyes ni ideologías sino que los integra en una síntesis percibida inmediatamente como adecuada a la realidad.

González ha crecido sobrado de esa sabiduría práctica desde que apareció en la vida pública allá por 1969. Lo que decía, las políticas que proponía, suscitaban más adhesión que rechazo, de tal manera que su voz y su talante parecían expresar lo mismo que sentía y a lo que aspiraba un amplio sector de la sociedad. Pero desde que salió del gobierno, esa razón práctica, muy disminuida en los combates de la última legislatura, parece haberle abandonado o así al menos lo siente parte de un público que en fechas no muy lejanas estaba dispuesto a prestarle su apoyo y que hoy reacciona con una mezcla de sorpresa e incredulidad ante los

modos adoptados desde la oposición. Sorpresa, porque un discurso político caracterizado hasta hace bien poco por su capacidad integradora se ha convertido en un toque de corneta para proceder a un deslinde radical de campos: o conmigo o contra mí. Incredulidad, porque nadie puede imaginar que con tales formas consiga González repetir el logro central de su política, sumar adhesiones más que incitar rechazos.

Pues el problema consiste en que la materia sobre la que versa este tipo de oposición multiplica los efectos de desistimiento y lejanía provocados por el lenguaje de radical confrontación en la mayoría social antes inclinada a depositar en Felipe González su confianza. A González puede asistirle todo el derecho del mundo para responder a la inicua ofensiva desencadenada desde ese conglomerado político-mediático que tiene en Álvarez Cascos su más vociferante portavoz, pero nadie va a saltar a una trinchera porque un juez esté o no descerebrado y un periodista sea más o menos canalla. Ese tipo de lenguaje es propio de reyertas, como si se tratara de ajustes de cuentas entre políticos y periodistas que no guardan relación con la realidad de la vida, con aquellos hechos sobre los que Felipe González proyectó en momentos decisivos de nuestra reciente historia su sabiduría política. Son asuntos que se perciben ajenos, que sólo a ellos les conciernen y en los que definitivamente los ciudadanos no se implican. Tan contradictorio parece todo esto con su anterior razón política que la gente comienza a cavilar si tal vez a González le pasa algo, aunque nadie sepa muy bien qué demonios le pasa a González.

Generaciones del PSOE

Santos Juliá, El País, 22/06/1997

El partido socialista se ha caracterizado, salvo en el periodo crítico de los años treinta, por la extraordinaria duración de sus máximos dirigentes. Desde su fundación, Pablo Iglesias fue líder indiscutido, elevado en vida a la condición de santo laico, muy estimada en la España de la Restauración desde que Giner y la Institución Libre de Enseñanza presentaron un proyecto de virtudes cívicas alternativo a la dominación de la Iglesia. Luego, tras las turbulencias ocasionadas por la República, la guerra civil y la represión, Rodolfo Llopis dirigió la nave, o lo que de ella quedaba, durante más de veinte años hasta que tuvo que abandonar el gobernalle en manos de Felipe González. Tres dirigentes para casi un siglo de historia -el resto se reparte de manera más fragmentaria entre Besteiro, Largo y Lamóneda- es, desde cualquier punto de vista, un récord impresionante.

En los casos de más larga permanencia, los máximos dirigentes superaron, con muy diverso destino final, el límite impuesto por la biología y la política a su propia generación. Símbolo de la generación fundadora del partido obrero, allá por los años 80 del siglo pasado, Iglesias era intocable, al menos en público, y no levantó su mano del partido hasta el mismo día de su muerte en diciembre de 1925. Su liderazgo efectivo sufrió, sin embargo, duras acometidas por gente más joven que no podían sufrir su cortedad de miras y un estilo crecientemente alejado de la nueva sociedad emergente en los años de la guerra europea. Muerto en fama de santidad, Iglesias fue de inmediato objeto de un culto laico con profundas resonancias religiosas. Todavía hoy preside, en solitario, las reuniones de la familia socialista.

Muy diferente fue el destino que aguardaba a Rodolfo Llopis, símbolo de la generación que emprendió el camino del exilio tras la derrota en la guerra civil. Fue una generación de perdedores: perdió la guerra, perdió también el exilio. No merecía, sin embargo, una suerte tan adversa. A Llopis y a los miembros de su misma generación debe el PSOE, mal equipado para hacer frente a la dictadura, su continuidad en el tiempo. Experto burócrata como era, Llopis se dio buena maña para mantener, en un clima de fatiga y desaliento y sin perspectivas de volver a la legalidad, una

organización, con sus cotizantes, sus reuniones, su prensa, sus congresos, sus órganos directivos. Su error consistió en pretender mantenerse más allá del tiempo concedido a su generación: su resistencia a entregar el testigo es la causa de que nadie se acuerde hoy de él en medios socialistas y hasta de que se le tenga por uno de los grandes villanos de la película.

Quienes lo tienen en tan baja estima son los que le forzaron a retirarse y hacen hoy mutis por el foro. Contraimagen de la generación del exilio, protagonizaron con una sabiduría política impropia de su edad un cambio de régimen político, conocieron el sabor del éxito muy pronto y llegaron a disponer de todo el poder cuando apenas rozaban los 40 años, una edad en la que la mayoría de los políticos anda todavía preparándose para el asalto final. Dieron lo mejor -y lo peor- de sí antes de cumplir los 50: parecía temerario y hasta estúpido sugerir la necesidad de un relevo que fuera más allá de unas cuantas personas, que abriera las puertas a una nueva generación política.

Felipe González ha desencadenado, sin embargo, ese proceso. No es el primer líder que abandona la dirección -Besteiro lo hizo en alguna ocasión, Largo también dimitió en otra-, pero sí el primero que lo hace sin haber sido derrotado dentro del partido, sin sentirse arrastrado por una marea irresistible y forzando con su renuncia al resto de los miembros de su generación política, la que comenzó a refundar el PSOE en Suresnes, a desalojar el centro del poder. Ni elevado al cielo como Iglesias, ni condenado al infierno como Llopis, ni santo ni villano, el destino de Felipe González ha quedado, por su original iniciativa, abierto de par en par.

Demasiadas voces

Santos Juliá, El País, 26/10/1997

Desde que vamos a votar, una ley no escrita se cumple a rajatabla: los partidos de liderazgo dudoso o dividido sufren siempre el castigo de los electores. UCD cayó de lo alto porque allí no se sabía quién dirigía o porque los aspirantes a dirigir pasaban de la media docena. El PCE, aunque nunca estuvo arriba, corrió una suerte similar por las expulsiones decididas por su veterana dirección. La matriz originaria del PP, Alianza Popular, perdió una década buscando al dirigente capaz de sustituir a un Fraga fracasado en su pretensión de romper aquel célebre techo encima del cual había anidado la anhelada pero siempre elusiva mayoría natural que sólo Galicia ha regalado al tenaz político. Hoy, esa indeterminación que liquidó a UCD y hundió al PCE entre 1979 y 1982, que bloqueó a Alianza Popular entre 1982 y 1989, puede provocar en el PSOE un deslizamiento hacia niveles conocidos por otros socialismos europeos pero olvidados en España, los situados por debajo de la línea de flotación de un partido con aspiraciones de gobierno.

La severa derrota del partido socialista en las elecciones autonómicas de Galicia obedece al cruce de varios factores, sin duda, pero quizá tenga algo que ver en ella la vacilación que el público percibe al identificar a su secretario general como el candidato a la presidencia del Gobierno. Nos hemos dado una Constitución que, al apuntalar de manera tan notoria la estabilidad del Ejecutivo y la primacía de su presidente, ha generado una especie de presidencialismo con decisivos efectos para la identificación de un partido con un líder. En la práctica, más que unos diputados, más por tanto que un cuerpo legislativo, aquí se elige siempre un presidente de Gobierno. Se dirá que en Galicia no estaba en juego esa presidencia sino la de la Xunta, y así es, pero nadie ignora que las elecciones autonómicas indican por dónde se encamina el electorado y que jamás se han producido cambios bruscos y profundos entre los resultados de un ciclo autonómico y los obtenidos en las inmediatas elecciones generales.

Ese presidencialismo que emana del texto constitucional, y que se ha reforzado por nuestras costumbres políticas y por la propaganda partidaria, obliga a despejar dudas y cortar de raíz cualquier hipótesis que haga planear sobre los electores la

sospecha de que el líder de un partido político no ha resuelto la cuestión de si es o no candidato a la presidencia del Gobierno porque ahora no toca hablar de eso. Respecto a esta cuestión, asegurar que ya se decidirá cuando toque, o sea, en un indeterminado futuro, significa introducir un considerable grado de duda acerca de si, en el presente, el secretario general lo es plenamente -lo que implicaría, de acuerdo con el uso establecido, que es indiscutible candidato a la presidencia del Gobierno y que, por tanto, de ello no hay ni que hablar porque va de suyo- o lo es sólo en la administración y dirección de su partido, dando lo demás en el aire.

Con las generales todavía lejos, la demora quizá podría justificarse si ese aire no se viera surcado por aves que han perdido el rumbo de su vuelo. La permanente salida a escena, con sus voces destempladas, de dos dirigentes que han marcado más de veinte años de la historia del partido socialista siega bajo los pies la hierba en la que Almunia desearía ver fructificar su trabajo, dejando que el tiempo haga su obra, que se asiente una dirección más colectiva y que, yendo las cosas por sus pasos, el PSOE pueda reconstruir un proyecto atractivo para una coalición de electores similar a la que le dio el triunfo durante tantos años. En ese plan a medio plazo, decidir el candidato a las próximas generales no corría prisa, pero tantas aves en vuelo y tantas voces en los medios, soltando cada una la primera burrada que se le ocurre, componen un coro desafinado que, sin atraer a nadie, puede incitar a una parte del público a abandonar la sala antes de tiempo.

Pendiente de aclaración

Santos Juliá, El País, 29/10/1997

Cuando ya es definitivamente tarde, todavía estamos por oír una explicación creíble de lo ocurrido en el partido socialista desde que en 1989 saltó a la prensa el caso Juan Guerra, símbolo de una manera de entender la política en la que se tuvo como lo más normal del mundo el tráfico de influencias, el uso de información privilegiada, el cobro de comisiones sobre la concesión de obras, el pago de informes jamás realizados y la confusión entre Administración pública y negocios privados. Al parecer, todo eso ocurría sin que los máximos dirigentes llegaran siquiera a enterarse.

Pero como hasta el más lerdo de los observadores ha podido saber, todos los partidos políticos han recurrido a métodos de financiación ilegal para atender la creciente factura de sus costes de mantenimiento. Otros han escapado de la quema por el exceso de garantismo que nos caracteriza, pero en lo que afecta al PSOE, la revelación, en mayo de 1991, de la existencia de una empresa dedicada a este menester arrastró la apertura de un interminable proceso judicial que selló todas las bocas al tiempo que hacía pender sobre todas las cabezas algo más que una sospecha de corrupción institucionalizada. En marzo de 1993, los peritos del Ministerio de Hacienda determinaron que Filesa había recibido más de mil millones de pesetas por informes inexistentes para realizar pagos por cuenta del PSOE.

Los casos Guerra y Filesa revelaron unos métodos de financiación ilegal y de enriquecimiento personal similares a los que habían caracterizado en los años ochenta la vida política en Francia, Italia y Grecia. En España, la expansión económica experimentada desde 1986, las amplias posibilidades de dinero fácil, la inversión del Estado en gigantescas obras públicas, la descentralización política y la multiplicación de centros de gasto contribuyeron a generalizar unas prácticas corruptas que ni el Gobierno ni el PSOE mostraron interés alguno en denunciar. Es más, la exaltación del liderazgo personal y el control ejercido desde el congreso de 1984 por su núcleo dirigente impidieron que esos métodos salieran a la luz o que, una vez conocidos, alguien con autoridad dentro de su partido se atreviera a exigir responsabilidades.

La política de quienes fueron máximos dirigentes socialistas ha consistido hasta hoy, primero, en negar los hechos, atribuyéndolos a una conspiración contra la democracia; luego, como los hechos siguieran golpeando con su acostumbrada tozudez, en negar su conocimiento. De negación en negación, han retrocedido en su fortaleza hasta quedar desnudos ante los jueces. Ocurrió en ese momento con estos dirigentes lo que a Largo Caballero cuando hubo de responder de su actuación en la revolución de 1934: yo estuve siempre en mi casa y no salí nunca de mi casa, repetía desde la cárcel el veterano líder. Nunca tuve conocimiento de una empresa ni de un holding, han dicho González y Guerra. Nadie creyó a Largo, nadie cree a González ni a Guerra. El tremendo problema para su partido es que, después de tanta negación, siguen hablando y otros van camino de la cárcel.